

pero en cambio su inteligencia no se había desarrollado al ocupar el trono, y pasó algún tiempo bajo la tutela, por decirlo así, de su madre, y de su gentil-hombre de Cámara, Juan Stuart, conde de Bute.

La nación que Bute iba á gobernar en breve apenas si lo conocía siquiera de nombre. Cierto es que poco despues de su mayor edad ocupó en el Parlamento una vacante producida en el curso de una legislatura entre los pares diputados escoceses; pero como incurrió varias veces en el desagrado de los ministros *whigs*, votando silenciosamente con los *tories*, perdió su distrito en las primeras elecciones, y no volvió más á la Cámara. Cerca de veinte años habian trascurrido desde aquel entonces sin volver á figurar en política Juan Stuart, pasando parte de este tiempo en su residencia señorial establecida en una de las islas Hébridas, de donde salió para entrar al servicio del príncipe Federico. El ocio de la vida pública lo distrajo el conde por varios modos, ora representando comedias caseras y alcanzando triunfos señalados en algunos papeles, como el de Lotario, por ejemplo, triunfos en los cuales tenía por aliados poderosísimos de sus aptitudes artísticas, aparte de las maneras más distinguidas, la buena hechura de sus piernas, que inmortalizaron pintores y caricaturistas; ora inventando trajes caprichosos para las máscaras; ora ocupándose de geometría, de mecánica y de historia natural; ora de antigüedades y de objetos de arte, mereciendo por ello entre sus más amigos la reputacion de peritísimo en pintura, poesía y arquitectura. A lo que dicen, su ortografía dejaba que desear; pero aún cuando en nuestros dias son estas faltas consideradas como prueba de mala educacion, injusto sería juzgar con el criterio de hoy á

los hombres de hace un siglo. La novela de sir Carlos Grandison apareció poco más ó ménos en la época que se presentó Juan Stuart en Leicester-House, y nuestros lectores recordarán tal vez la descripción que hace Carlota de sus dos amantes: el uno es un baronet, afiliado en la buena sociedad, que habla muy bien frances ó italiano, pero que no escribe un renglon en su propia lengua sin cometer faltas de ortografía; el otro es una muestra de la jóven aristocracia, un casi artista, y que sabe bastante de ortografía para ser nacido en noble cuna. Todo bien considerado, puédesse decir con justicia que Bute fué persona ilustrada y de honor intachable, pero de inteligencia era tan escasa, y de modales tan frios y altaneros, que S. A. el príncipe Federico, que á las veces solía divertirse burlándose de sus familiares, pudo decirle con sobra de razon, resumiendo sus títulos al papel de hombre de Estado, las siguientes palabras: «Bute: pareceis hecho de encargo para ser enviado á una de esas cortes alemanas microscópicas, pero muy altivas, donde nunca ocurre la menor cosa que hacer.»

Decían los maldicientes que Juan Stuart tenía trabada pendencia de amores con la Princesa viuda; pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que fué siempre muy su amigo, y que la influencia ejercida por ambos en el ánimo del Rey duró algún tiempo de una manera ilimitada. La Princesa era extranjera, y si como mujer no tenía condiciones de aconsejar bien respecto á los negocios del Estado, como nacida y criada fuera de Inglaterra era ménos apta todavía para el caso de acertar en materias relativas á la gobernacion de un país en el cual no habia vivido desde la infancia. En cuanto al Conde, podíase decir que aún era novicio en política, toda vez que